

DIEGO RIVERA Y ROCKEFELLER, 1933

I.El día que Diego Rivera enfureció a la familia Rockefeller a causa de un mural comunista

Denisse López

Infobae-México, noviembre 2019



En 1933, el muralista mexicano Diego Rivera pintaría una de sus más grandes obras. En ese año, Nelson Rockefeller, hijo del magnate John Rockefeller Jr., le hizo un encargo especial al pintor: se trataba de un mural que estaría en el vestíbulo de entrada del edificio RCA, en Nueva York; el edificio principal dentro de un conjunto de edificaciones que conformarían el Rockefeller Center,

donde actualmente se encuentran algunas de las tiendas más lujosas de la ciudad.

La idea de contratarlo había sido de Abby Aldrich Rockefeller, esposa de John Rockefeller Jr., quien era cofundadora del MoMA (Museo de Arte Moderno de Nueva York) y gran admiradora de Rivera. Fue en 1931 cuando, como representante del museo, lo invitó a una exposición individual en el recinto, convirtiéndolo en el segundo artista, después de Matisse, en recibir ese honor.

A su llegada a Nueva York, Rivera visitó la casa de los Rockefeller con su esposa, la famosa artista Frida Kahlo. En esa ocasión, trajo consigo "The Rivals", una obra que la propia Abby había encargado y que representa un festival tradicional del estado de Oaxaca, conocido como Las Velas Istmeñas.

La obra fascinó a la esposa de Rockefeller, quien al año siguiente se acercó a Rivera para hablar sobre otro proyecto: el mural del edificio RCA. Así fue cómo se originó "El hombre en la encrucijada", la famosa obra maestra del artista mexicano que enfureció a una de las familias más ricas y poderosas de todos los tiempos.

La idea era un fresco sobre la cooperación humana y el desarrollo científico, o al menos eso le dijo a Abby en una carta en la que le aseguró que en su honor, haría su mejor mural. Sin embargo, en el proceso realizó varios cambios a su boceto original, lo que lo llevaría a tener consecuencias fatídicas.

La principal modificación fue la adición del rostro de Vladimir Lenin a uno de los trabajadores. También aparecía Leon Trotsky y Karl Marx junto a otros símbolos comunistas.

Cuando la noticia llegó a los oídos de la familia Rockefeller, el propio Nelson le pidió a Rivera que sustituyera a los líderes soviéticos por otros personajes, pero por mucho que intentaron persuadirlo, éste se negó.

Por si esto fuera poco, Rivera tuvo la osadía de pintar al mismísimo John D. Rockefeller Jr. en el lado izquierdo del mural, bebiendo y socializando con un grupo de personas que molestó a la familia.

Esta última fue una imagen sorprendente dadas las opiniones religiosas devotas de la familia y su abstinencia a beber y fumar, así como el firme apoyo de los Rockefeller a las leyes de la época de la Prohibición”, explicó hace un par de años Virgilio Garza, jefe de pinturas latinoamericanas en Christie’s.

Sin que pudieran llegar a un acuerdo, Diego Rivera fue despedido y su mural fue destruido. Su contrato estipulaba un pago de USD 21.500, cifra que cobró por completo por una obra que lo posicionaría como uno de los artistas más reconocidos en el mundo y que terminó en el olvido.

Así fue cómo Rivera perdió su oportunidad de quedar inmortalizado en uno de los complejos que enarbola el capitalismo mundial.

En 2002, David Rockefeller escribió en sus memorias una descripción ampliada de cómo fue el encuentro entre Rivera y su familia a finales de los años veinte, así como la percepción del mural. Según dijo, la obra estaba ejecutada maravillosamente, pero no era apropiada para el edificio RCA.

Recordó que su propio hermano, Nelson, trató de persuadir a Rivera para eliminar, al menor, la efigie de Lenin, pero el

artista se rehusó “alegando que en vez de mutilar su gran obra, ¡preferiría que todo el mural fuera destruido!”.

Según consta en el libro “Diego Rivera. Arte y Revolución”, la censura de los Rockefeller hizo que Rivera perdiera la comisión para realizar un mural para la General Motors. Sin embargo, el artista decidió quedarse en Nueva York y darle un golpe a la familia con guante blanco. Así fue que el dinero conseguido por la ejecución del fallido mural lo empleó para pintar en la New Workers School (la Escuela de Trabajadores fue un centro de formación ideológica del Partido Comunista) una serie de 21 tableros que tituló el “Retrato de los Estados Unidos”, donde en uno de ellos pintó a John D. Rockefeller.

En 1934, ya de vuelta a México, el muralista reivindicó su trabajo con el apoyo del entonces presidente Lázaro Cárdenas. El apoyo del gobierno mexicano y un poco de suerte permitieron que, a pesar de haber sido borrado, su mural no se perdiera del todo. Y es que una serie de fotografías tomadas por uno de sus ayudantes le permitió a Rivera reconstruirlo en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México a finales de la década de los treinta, bajo el título de “El hombre controlador del universo”.

En el mural, que hasta hoy en día se puede apreciar en el recinto de la capital, se distingue el rostro de Rockefeller, quien aparece bebiendo un martini con un grupo de mujeres muy maquilladas. Años después, el propio muralista declaró a forma de crítica que el magnate o no sabía lo que hacía al contratarlo, o había creído que “con su dinero podía comprar mis opiniones y mis convicciones”.

A pesar del desafortunado episodio, Abby Rockefeller se mantendría como admiradora del muralista, y donaría

muchas de las obras que poseía al MoMA, aunque “The Rivals” la conservó para sí. Fue hasta 1940, cuando se la regaló a su hijo el día de su boda con Peggy McGrath. En 2018, dicha pieza fue vendida por Christie’s en USD 9.762.500 millones.



II.LA HISTORIA DEL MURAL DE DIEGO RIVERA EN EL ROCKEFELLER CENTER QUE FUE DESTREUIDO

El hombre en el cruce de caminos sería la obra más importante de Diego Rivera en Nueva York, pero la inclusión de un personaje acabó con el proyecto.

Alejandro I. López

Infobae, 2020

El hombre controlador del Universo de Diego Rivera

El mural de Diego Rivera estaba a punto de ser terminado, cuando la obra fue cancelada por Nelson Rockefeller AAP86 / Wikimedia

En 1930, Diego Rivera era el artista más importante de México. Su regreso al país nueve años antes con la encomienda de pintar los muros de la Secretaría de Educación Pública significó su consolidación como el representante más visible del movimiento muralista mexicano.

Tras un breve periodo al frente de una generación de jóvenes artistas como director en la Escuela Central de Artes Plásticas, Rivera, siendo un gran muralista, recibió distintas invitaciones para pintar en los Estados Unidos, tanto en San Francisco como en el Detroit Institute of Arts.

De forma simultánea, en el corazón de Nueva York se levantaba el complejo arquitectónico privado más ambicioso hasta entonces: con catorce edificios comerciales entre oficinas, tiendas y espacios de entretenimiento, el Rockefeller Center iniciaba su construcción por una de las familias más acaudaladas de los Estados Unidos.

A unas cuantas calles, las largas filas del MoMA rompían récord de asistencia a finales de 1931 para conocer la obra de un artista latinoamericano: Diego Rivera presentaba ocho murales elaborados in situ y se convertía en un referente artístico global.

La noticia llegó a oídos de Abby Rockefeller, mecenas y esposa del magnate, quien influyó para que Nelson Rockefeller, su hijo y heredero de la familia, contactara al artista mexicano con una propuesta sorpresiva: pintar un mural de 99 metros cuadrados, la pieza principal del 30 Rockefeller Plaza, el edificio más conocido del complejo.

Esta decisión llegó después de que Raymond Hood, arquitecto principal de la obra, fallara en su misión de comisionar a Henri Matisse o Pablo Picasso la pieza que daría la bienvenida al complejo.

Después de una larga negociación que Rivera estuvo a punto de abandonar en distintas ocasiones, tanto por el interés de la organización en los pintores europeos, como por la intención original de que el mural se realizara en escala de grises, finalmente el artista mexicano llegó a un acuerdo con los Rockefeller.

30 Rockefeller Plaza

El 30 Rockefeller Plaza se convirtió en el ícono de todo el complejo en el corazón de Nueva York Samuel Herman Gottscho / Wikimedia

Ante la única encomienda de que la obra debía ser lo suficientemente reflexiva como para obligar a la gente a detenerse y pensar, Diego Rivera esbozó un mural que llevaba por nombre 'El hombre en el cruce de caminos' (Man at the Crossroads).

Fiel a la ideología que defendió hasta su muerte, Diego Rivera imaginó un mural que plasmaba los dos sistemas económicos que marcaron el siglo XX: el socialismo y el capitalismo. A partir de la comparación entre ambos modos de producción, Rivera dividió la obra en dos partes, separadas en el centro por un obrero que controla una máquina con enormes engranes.

El primer plano de *El hombre en el cruce de caminos representaba un átomo con la división de los dos mundos encontrados gracias al avance de la ciencia y la invención tanto del microscopio, como del telescopio: el microcosmos presenta células, virus y bacterias, mientras que en el macrocosmos aparecen estrellas, planetas y nebulosas.

En el fondo, del lado izquierdo Diego Rivera presentó un mundo capitalista con tintes apocalípticos, con soldados portando máscaras biológicas y aviones de guerra que nublan el horizonte. Debajo, una protesta popular es reprimida por policía montada en Nueva York, mientras que

a un costado aparece Charles Darwin con una radiografía de un cráneo humano, una crítica al darwinismo social y las teorías de superioridad racial.

Diego Rivera en el Rockefeller Center

El mural no levantó ninguna suspicacia en los Rockefeller, que pidieron al muralista apegarse a los planos originales Library of Congress, Prints and Photographs Division, NYWT&S Collection LC-DIG-ds-0808

Del lado opuesto, Rivera presentó una idealización del socialismo soviético, con el ejército rojo marchando en la parte superior, mientras que mujeres, niños y trabajadores se unen a la protesta. También aparece Karl Marx, León Trotsky y Lenin, este último como el personaje más visible de toda la obra.

Aunque el diseño de El hombre en el cruce de caminos fue aprobado por los Rockefeller tras conocer los bocetos preparatorios y la prensa hizo eco de la polémica de los personajes en el mural, Rivera avanzó en el mural hasta que en abril de 1933, el diario New York World-Telegram publicó un artículo donde criticaba abiertamente la obra, tildándola de 'propaganda anticapitalista'.

Este acto probablemente llevó a Rivera a cambiar el rostro de uno de los obreros del lado derecho por el de Lenin, una incorporación que distaba de los bosquejos oficiales. Cuando Nelson Rockefeller se percató de la modificación, detuvo el acto de develación del mural programado para el

primero de mayo de 1933 y llamó a Rivera para exigirle que borrara la cara del líder socialista.

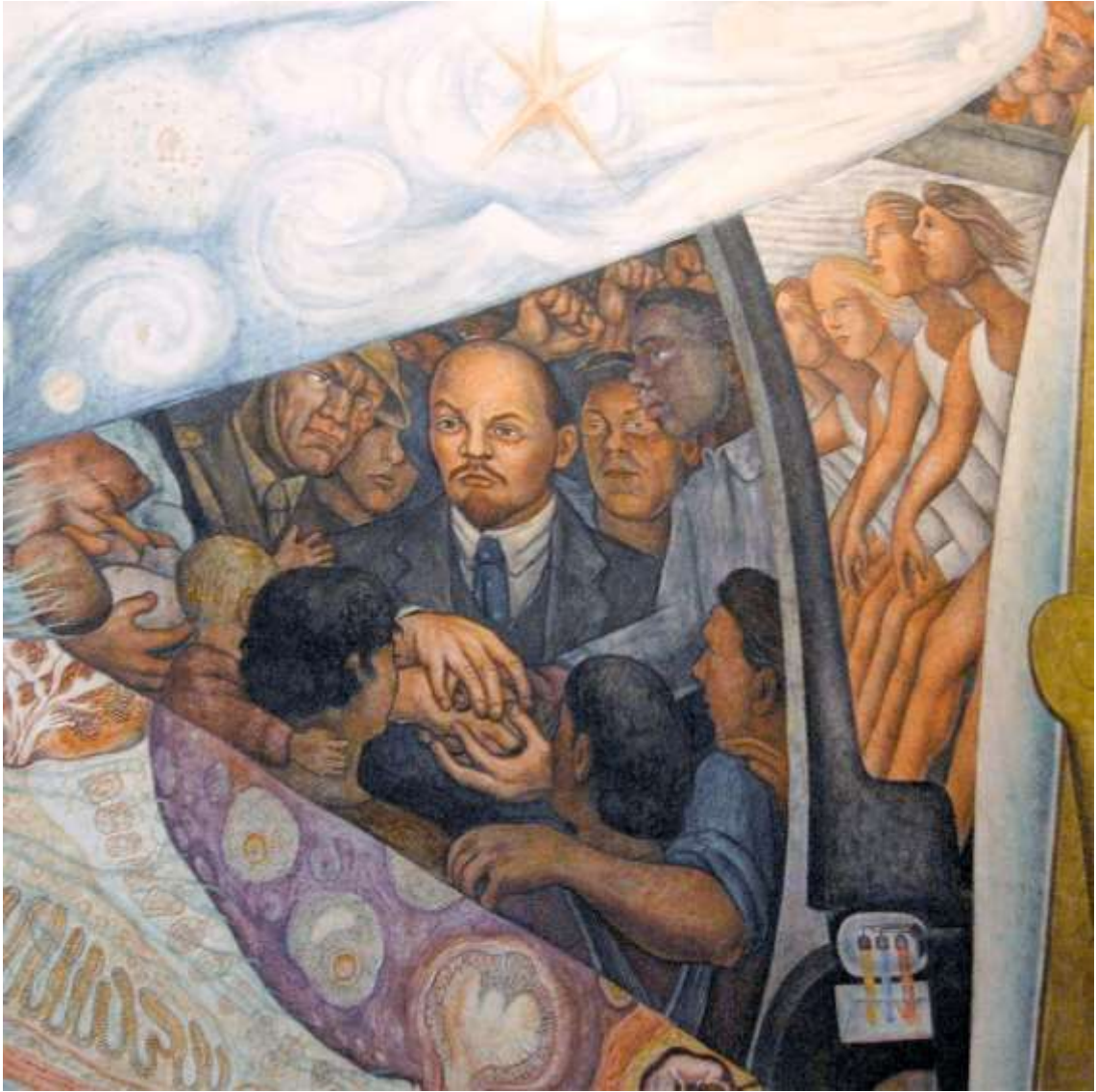
Diego Rivera respondió a Nelson Rockefeller negándose a alterar su obra y en su lugar, proponiendo la incorporación de personajes que formaran un contrapeso como Abraham Lincoln; sin embargo, recibió la negativa de Rockefeller.

Detalle de 'El hombre en el cruce de caminos'

Rivera añadió a Lenin al mural tras leer la crítica del diario neoyorquino y los Rockefeller cambiaron de opinión
Jaontiveros / Wikimedia

Tras la imposibilidad de un acuerdo entre ambas partes, finalmente la obra fue abandonada a punto de ser terminada y cubierta con mantas para evitar su visibilidad. Al año siguiente en febrero de 1934, un escueto comunicado del Rockefeller Center especificaba que se llevarían a cabo 'obras de remodelación' y la pared fue intervenida por trabajadores, destruyendo completamente el mural.

La reacción de Diego Rivera lo llevó a calificar el hecho de 'terrorismo cultural' y un año más tarde tras su regreso a México, las fotografías y los bocetos le permitieron recrear El hombre en el cruce de caminos en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México, donde se mantiene hasta hoy con el título de El hombre controlador del Universo.



III.MURAL INCÓMODO DE DIEGO RIVERA VUELVE A NUEVA YORK

Laura Bonilla, AFP, febrero 2020

Más de 85 años después de su destrucción a manos de Nelson Rockefeller, el monumental mural “El hombre controlador del universo”, pintado en 1934 por el mexicano Diego Rivera, regresa triunfal a Nueva York.

La enorme reproducción de alta definición del electrizante mural encargado a Rivera para el Rockefeller Center en Manhattan, destruido cuando el millonario empresario se dio cuenta de que éste había incluido secretamente a Vladimir Lenin en la pintura, es parte de una gigante exposición en el Museo Whitney de Nueva York. Rivera volvió a pintarlo en México.

“Vida Americana: los mexicanos rehacen el arte estadounidense, 1925–1945”, con más de 200 obras de 60 artistas mexicanos y estadounidenses, muestra la enorme influencia del arte mexicano en el estilo, los temas y la ideología del arte en Estados Unidos desde 1925 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Arte sin fronteras

Aunque “Vida americana” se prepara desde hace más de 10 años, es tanto más pertinente en tiempos de alta tensión entre Estados Unidos y México por la política antiinmigratoria del presidente Donald Trump.

“Una exposición como esta demuestra cuán importante y cuánta innovación y creatividad y energía llega del intercambio cultural entre naciones, que es realmente universal y no tiene fronteras”, dijo a la AFP la principal curadora de la exposición, Barbara Haskill.

“Cuando los artistas trabajan juntos, de eso resulta algo enormemente más importante y vital”, reflexionó.

Organizarla fue un tremendo desafío. Las obras provienen de más de 40 museos y más de 20 coleccionistas de todo el mundo, y se transportaron de a una, acompañadas en todo momento por un curador.

Algunas de las personas que prestaron sus obras “lloraban al despedirse de ellas en sus casas”, contó Adam Weinberg, director del Museo Whitney, al presentar este martes la exposición a la prensa.

Una nueva narrativa

El Museo Whitney asegura que esta exposición reescribe la historia del arte, tornándola más exhaustiva e incluyente, al demostrar que fueron los mexicanos quienes más influyeron en el arte estadounidense de comienzos del siglo XX, más que los modernistas europeos y la Escuela de París.

En mexicanos como José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera, que tenían una temática

socialista radical y representaban la historia de México y sus indígenas, muchos artistas estadounidenses hallaron inspiración para retratar el impacto de la Gran Depresión y las injusticias económicas y sociales que expuso.

Los artistas mexicanos proporcionaron un modelo convincente para expresar temas sociopolíticos relevantes para la vida cotidiana de las personas, dijo Adam Weinberg, director del Museo Whitney, al presentar la exposición a la prensa.

La curadora asistente Marcela Guerrero recordó cuando encargaron a Siqueiros pintar un gran mural en la calle Olvera de Los Angeles -el más viejo de la ciudad- que fuera “un continente lleno de gente feliz y palmeras”.

Trabajando en la noche junto a un grupo de artistas, Siqueiros pintó en 1932 “América Tropical”, un cruento mural con un indígena crucificado sobre el cual vuela un águila, que se convirtió en “una inculpación del imperialismo estadounidense”, según Guerrero.

“‘Vida Americana’ ofrece una nueva comprensión de la historia del arte (...) que reconoce la influencia del arte mexicano. Nos hace pensar en quiénes somos y dónde estamos hoy”, dijo Weinberg.

çLa influencia de los grandes muralistas es innegable en artistas estadounidenses como Philip Guston, Charles Henry Alston, Jackson Pollock o Jacob Lawrence, según el Whitney. Varias de sus obras, como una notable serie sobre la migración de obreros afroestadounidenses del sur al norte de Estados Unidos de Lawrence, son parte de la exhibición.

Esta es también la oportunidad de ver obras que no llegan hace décadas a Estados Unidos, y de apreciar el “Baile de Tehuantepec” (1928) de Rivera, propiedad del empresario argentino Eduardo Costantini, que desembolsó por él más de 16 millones de dólares en 2016, en una compra fuera de subasta. La obra de arte latinoamericana más cara de la historia.

“Vida americana”, con leyendas, audioguías y visitas guiadas bilingües en español e inglés -una novedad en el Whitney- podrá ser vista del 17 de febrero hasta el 17 de mayo.

La exposición viajará luego al Museo de Arte McNay de San Antonio, Texas, donde permanecerá hasta octubre.

Tags: Diego Riveraexposicionmuralnueva yorkRockefeller Center

